

EL ÚLTIMO GOL

Todos recordamos o, en los casos en que nuestra frágil memoria no nos alcanza para ello, imaginamos cómo fue la primera vez que hicimos algo que nos gusta, que nos entusiasma. Son hechos que no por repetirlos, por hacerlos cotidianos, nos hacen disfrutar, nos alegran el día, la semana o incluso el año. Nos referimos a hechos tan dispares como un primer beso, un primer abrazo, el primer latido en una ecografía de un futuro hijo, el día que conoces a alguien que con el tiempo se convertirá en un buen amigo o un primer gol.

Estos dos últimos aspectos, amistad y goles, han sido muy importantes en la vida de Pablo, o siendo más preciso, en mi vida con Pablo.

El primer gol de Pablo seguramente se produjera en las porterías del colegio de toda su vida, el que le vio crecer durante quince años. No me cuesta imaginar cómo sería aquel gol y qué sensaciones tendría aquel pequeño Pablo de no más de cuatro años de edad. Este primer gol fue, tuvo que ser, en un tremendo barullo rodeado de millones de infantiles piernas, en un disparo flojo y raso pero que sería imposible de atrapar para el joven portero. La celebración fue, debió ser, alborotada, entre gritos de Pablo exclamando: “¡He metido un gol, mi primer gol, como el siete del Madrid, como Butragueño! Aunque dudo mucho que fuera capaz de pronunciar con demasiada claridad el apellido de aquel fenomenal delantero madridista...Esta celebración dista mucho de cómo serían sus celebraciones cuando Pablo fue ya más mayor, las cuales eran de una forma pausada, como con la sensación de haber cumplido una misión, del deber bien hecho. Esto último era algo que nos causaba bastante gracia a sus amigos.

Años más tarde, cuando esas piernas ya no eran tan diminutas, fue cuando conocí a Pablo. Faltaría a la verdad si dijera que fue amor a primera vista, no lo fue, ya que lo primero que recibí de él fue alguna clásica burla infantil, de esas que te hieren pero no lo suficiente para que señalen o marquen una mala opinión sobre una persona.

Entre aulas, patios de colegio y balones de fútbol, fui forjando una leve amistad con él, a la que seguramente no di la suficiente importancia en esos momentos. Nuestro mayor acercamiento se produjo en gran parte por nuestra devoción por el Real Madrid, merced a la cual compartimos infinitas tertulias y puntos de vista. Juntos fichamos miles de futbolistas y entrenadores, convertimos en crack a cada joven promesa de la Fábrica y, cómo no, celebramos cada victoria y lloramos cada derrota de nuestro equipo.

Juntos tuvimos la fortuna de celebrar Copas de Europa con una frecuencia que años atrás nos parecía una utopía. Fueron buenos años, posiblemente de los mejores de nuestras vidas.

Pese a que esas Copas de Europa dejaron de llegar, nuestra pasión por el club no aminoró. Recuerdo con gran agrado una tarde de cine que compartimos con cuatro desconocidos. Era una pequeña sala de un multicines de nuestra ciudad en la que se proyectaba la película producida por el Real Madrid y en la que se contaban diversas historias de personas de todos los rincones del mundo que sentían la misma afición por el Real Madrid que la que sentíamos nosotros. Ambos salimos del cine con los ojos vidriosos, con un sentimiento de gozo por saber que había más gente como nosotros. Fue una bonita tarde de cine y madridismo compartida con mi mejor amigo ¿qué más podría pedir?

Años después tuve que abandonar mi ciudad. Tuve que distanciarme, sólo físicamente, de Pablo. La parte positiva de este cambio era que la ciudad de destino era Madrid. De pequeño imaginaba cómo sería poder ir cada domingo al estadio Santiago Bernabéu y poder disfrutar de nuestros ídolos de una manera asidua y no sólo esporádica.

Después de cada partido no faltaba la llamada de Pablo para comentar el mismo, para que le explicara cómo se había vivido dentro del estadio e intentar solucionar entre ambos los problemas del equipo, tal y como hacíamos en el colegio años atrás.

Había un factor diferencial entre aquella época colegial y la actual, y es que el tiempo había pasado y con él distintas vicisitudes y tragedias que te hacen madurar. Pero hay algo para lo que dos personas de treinta años nunca están preparadas: a Pablo le detectan leucemia. Ninguna persona de treinta años está preparada para una noticia así, ni tan siquiera un amigo de esa persona está preparado para soportar tanto dolor.

Todo transcurrió muy rápido. Enseguida de confirmarse el diagnóstico, Pablo ingresó en el hospital. Allí, con su carácter vital y extrovertido, pronto se convirtió en el ojito derecho de enfermeras y médicos. Su caso impactó a todo el mundo. La noticia se propagó a gran velocidad por la ciudad. Nadie lo podía creer, ¿Pablo? ¿Leucemia? Si lo vi la semana pasada y estaba perfectamente...eran comentarios típicos de la ciudad en aquellos días.

Pese a estar encerrado en su habitación, Pablo se las ingeniaba para poder seguir todos los partidos del Real Madrid. Lo había hecho así durante toda su vida y mientras pudiera lo quería seguir haciendo.

Pablo tenía la habilidad de hacer que cada visita a su habitación del hospital fuera revitalizadora. Llegabas a ella haciéndote el fuerte, convenciéndote a ti mismo de que todo saldría bien y que tenías que transmitirle ese optimismo a él. Pero no era necesario, era el propio Pablo el encargado de transmitir esa alegría y optimismo a quien le visitara. En alguna ocasión tuvimos la suerte de ver juntos algún partido del Real Madrid. Más de una vez tuvieron que llamarnos la atención y recordarnos que estábamos en un hospital. Tenía la habilidad de hacerte sentir como en casa y que se te olvidara que estabas en el peor lugar del mundo.

A pesar de que apenas podía moverse de la cama, no dejaba de seguir la actualidad de su equipo. Seguíamos comentando cada partido, cada noticia de nuestro equipo, tal y como hacíamos cuando éramos estudiantes.

El hecho de vivir en Madrid me impedía visitarlo con la asiduidad que hubiera deseado, principalmente en la última etapa de su fatal enfermedad, en la que su estado anímico y físico había decaído ostensiblemente.

Así llegó a su última semana. Era Diciembre de 2011, y el destino había querido que hubiera un clásico, Real Madrid contra el FC Barcelona, el sábado por la noche. Sabedor de que su estado era caótico y que en breve llegaría su fatal desenlace, decidí desplazarme a verlo a mediados de esa semana. Fue un momento duro, pero tal y como había hecho tantas veces, conseguí animarme y logró que por muchos instantes olvidara lo enfermo que estaba. Como no podía ser de otra forma, salió a relucir el tema futbolístico. Él era pesimista para el partido, pese a llegar por encima del eterno rival en la clasificación. “No me da buena espina el partido”,

decía. Era uno de esos comentarios que él hacía y que de cumplirse, te estaba recordando toda la semana que había acertado. Era su famoso: “¡Te lo dije!”

En ese débil estado llegó al sábado, día del partido. Los doctores auguraban un pronto fallecimiento y la familia le acompañaba para compartir ese difícil momento. Obviamente, nadie pensaba en ningún partido de fútbol, no era momento para ello. Sin embargo, si había alguien a quién no se le había olvidado que ese partido tan importante estaba a punto de comenzar, no podía ser otro que a Pablo. Después de pasarse días sedado, su reloj biológico le avisaba, como una alarma que pones para ir a trabajar, que a esa hora iba a comenzar el partido del año, del siglo, de una vida, de su vida. Los que le acompañaban en su habitación no salían de su asombro al escuchar a Pablo decir: “¡Venga, poned la tele que empieza el fútbol!”

Aunque él intentaba verlo, sus precarias condiciones físicas apenas le alcanzaban para oír levemente los comentarios de los narradores. Así comenzó el partido, con Pablo poniendo la oreja y sus familiares emocionados, casi consternados, por ver que Pablo, pese a estar viviendo sus últimas horas, seguía siendo él mismo.

Aún asimilando esta situación, sin tiempo para nada, se produjo el que seguramente sea uno de los goles más rápidos de la historia de los clásicos. Tras una cadena de errores de la zaga blaugrana, Benzema, nuestro Karim al que siempre habíamos defendido ante las críticas, hacía el 1-0 para el Madrid, nuestro Madrid. Parecía que los astros se habían confabulado para dar una última alegría a Pablo. Y así fue, Pablo lo celebró. Gritó como buenamente pudo un: “¡Valdés se la ha comido!” “¡Ha metido Karim, me gusta Karim!” Su novia le recordó que yo estaba en el estadio y que seguramente estaría muy contento, a lo que él respondió con un escueto, pero lleno de significado para mí: “¡ya lo sé!”.

Segundos después Pablo empeoró. Todo fue repentino, y antes de que el árbitro mandara a los jugadores al vestuario para el descanso ya nada se podía hacer, había fallecido. Sin embargo, Pablo se fue feliz de este mundo porque había ganado su Madrid, al menos en lo que duró el partido de su vida. Fue el último gol de Pablo